

En torno a la enseñanza media superior

Humberto Muñoz García

Cuando se busca entender la realidad educativa mexicana, los problemas que ocurren en una coyuntura o los de tiempo largo, la falta de información adecuada y oportuna es una dificultad. Otra, la inexistencia de debates, interpretaciones y propuestas. En esta tesitura es conveniente presentar algunos resultados de la investigación que llevamos a cabo, titulada *El perfil educativo de la población mexicana* (Muñoz, H. y H. Suárez, INEGI-CRIM e IIS de la UNAM, 1995) cuyo informe acaba de aparecer publicado. En este trabajo, basado en el último censo (1990), ofrecemos algunos datos y conclusiones sobre el nivel medio superior del sistema educativo que vale la pena compartir con un público más amplio que el de los especialistas e interesados en la materia. Asimismo, presentaremos otras consideraciones que son producto de un programa más extenso sobre educación y empleo en el cual hemos trabajado durante los últimos años.

1. Como es obvio, el análisis del censo tiene enormes restricciones para entender cuestiones de fondo que transcurren en el acontecer educativo. No obstante, dibuja realidades que sirven para traducir y representar situaciones sociales más amplias. Comencemos por decir que el censo permite distinguir tres segmentos de la enseñanza media superior: estudios técnicos y comerciales con secundaria terminada; preparatoria y bachillerato, y normal básica. A ellos nos referiremos, no sin antes decir que, según el censo, entre los 15 y los 19 años (que forman la mayor parte de quienes componen la matrícula de este nivel) había 9.7

millones de personas en el país de las cuales 57.3 por ciento no asistía a la escuela y sólo 25 por ciento había terminado la secundaria y tenía la posibilidad de cursar la enseñanza media superior. Además, se debe destacar que, en este mismo tramo, tres cuartas partes de las personas que asistían a escuelas de este nivel se agrupaban en la preparatoria o el bachillerato (este último absorbe a la mayoría de los egresados de secundaria).

2. Mucho se ha insistido en que el sistema educativo debe proveer al sector productivo recursos humanos para su operación y desarrollo. Las modalidades de educación técnica y comercial corresponden a esta expectativa de funcionalidad y la política educativa ha insistido en ampliar esfuerzos de orientación vocacional a este propósito. No obstante, sólo 32.8 por ciento (2.3 millones) de la población con estudios de nivel medio superior en el país siguió esta opción. Se trata, además, de una población básicamente femenina que seguramente llevó a cabo estudios secretariales, entre quienes una importante cantidad no pudo concluirlos.

3. En 1990 había 366 mil 800 personas con estudios de normal básica. De éstas 26.2 por ciento entre 25 y 29 años; 49 por ciento entre 30 y 34, y 25 por ciento superaba los 45 años. En esta población también había sobrerrepresentación femenina. Esta opción sufrió cambios importantes después de 1984 cuando se elevó la carrera magisterial a nivel de licenciatura. La cifra que aquí reportamos es de quienes se quedaron a nivel medio superior.

Esta información, con todo y su simplicidad, permite hacer varias reflexiones: desde mediados de los años ochenta los científicos sociales habíamos advertido que la participación de los jóvenes en la enseñanza media superior era reducida y que tendía a empeo-

rar por los cambios demográficos, si no se actuaba de manera expedita para ampliar la matrícula de este nivel y la del nivel superior. Advertimos también que cualquier expansión no debía hacerse en demérito de la calidad. Las proyecciones de población indicaban, desde entonces, que para mantener el mismo nivel de atención a la demanda que se tenía a fines de los ochenta se debía ampliar la cobertura en este decenio.

Entre los mexicanos ha habido comportamientos y preferencias para que sus hijos estudien el bachillerato. La razón es muy simple: el bachillerato, a diferencia de varias opciones técnicas, abre posibilidades de llegar al nivel superior. Como se demuestra en uno de nuestros trabajos, aun en los sectores de más bajos ingresos existen altas aspiraciones y expectativas de que los hijos obtengan una carrera universitaria, toda vez que ser profesionista implica movilidad social, prestigio y más altos niveles de vida. En el entorno de la crisis, hay quienes valoran a la educación por ser el único medio al alcance para salir individualmente de los efectos negativos que produce en las familias. Este hecho, junto con la presión demográfica, ha potenciado la demanda escolar hacia el bachillerato propedéutico. En el corto plazo continuará haciéndolo de manera más acentuada, por lo cual el sistema educativo tendrá que estar preparado para mejorar la cobertura, la eficiencia y la calidad de la enseñanza.

Por otra parte, las opciones técnicas no han sido aceptadas con el prestigio que deberían tener. Y ello no sólo se debe a la falta de promoción, sino también a que las personas se forman una idea del mercado laboral y de la calidad de las ocupaciones que en él se ofrecen para quienes adquieren este tipo de escolaridad. No se ha podido refrendar entre los demandantes escolares que los resultados que producen los estudios técnicos tienen un retorno mayor sobre los ingresos que otro tipo de estudios, a pesar de las restricciones de empleo en el mercado y del credencialismo que conlleva. El discurso político tampoco ha convencido de los beneficios de la enseñanza técnica para la modernización. En México no hay aprecio por lo tecnológico y las "carreras cortas" no son bien vistas para los hombres. Hay una mala imagen social de esta opción y falta de información a la sociedad sobre el contenido y significado de los estudios técnicos, así como de la operación del mercado laboral.

Por lo demás, se debe prestar atención al hecho de la disminución de quienes tienen estudios de normal básica entre la población más joven. Ello es indicativo de la apertura de oportunidades en la licenciatura, pero también puede ilustrar el desánimo vocacional para seguir el magisterio por el descrédito que ha sufrido, lo reducido de los sueldos y, porque al final de cuentas si se va a invertir tiempo y esfuerzos para estudiar se considera que es mejor seguir una alternativa educacional que garantice ciertas perspectivas de bienestar.

En suma, el sistema educativo mexicano enfrenta un problema muy complejo en su nivel medio superior. Intervienen en él las inercias estructurales del pasado, factores como los demográficos y las condiciones de vida de las familias, valores, aspiraciones, expectativas, deseos de cambio, intereses de diversos actores sociales y fuerzas políticas, conflictos añejos y nuevos de la querrela escolar, desorganización del sistema educativo, formas de gestión no renovadas, las imágenes que se forman del mercado laboral y la propia dinámica de éste, escasa atención financiera a la educación, falta de infraestructura y de maestros con buena preparación para este nivel, y muchos otros que podrían completar la lista. Estamos, desde hace tiempo, frente a un reto político y de política educativa cuyas respuestas competen en primera instancia a la autoridad gubernamental correspondiente. Nadie quiere que la juventud de México construya, desde la ignorancia, una sociedad sin futuro ♦